

Semana del 24 al 30 de Junio de 2018. Solemnidad de la Natividad de Juan el Bautista

“Entre los hijos de mujer no se ha manifestado uno más grande que Juan”

1.- La Palabra de Dios:

1ª Lectura: Is 49,1-6: “El Señor me ha llamado desde el vientre de mi madre”

Salmo: 138,1-3. 13-14. 15: “Te doy gracias, Señor, porque me has formado maravillosamente”

2ª Lectura: Hech 13,22-26: “Lo antiguo ha parado, lo nuevo ha comenzado”

Evangelio: Lc 1,57-66.80: “Su nombre será Juan”

Del Santo Evangelio según San Lucas (Lc 1,57-66.80)

+++ Gloria a Ti, Señor

Cuando le llegó a Isabel su día, dio a luz un hijo, y sus vecinos y parientes se alegraron con ella al enterarse de la misericordia tan grande que el Señor le había mostrado.

Al octavo día vinieron para cumplir con el niño el rito de la circuncisión, y querían ponerle por nombre Zacarías, por llamarse así su padre. Pero la madre dijo: "No, se llamará Juan."

Los otros dijeron: "Pero si no hay nadie en tu familia que se llame así." Preguntaron por señas al padre cómo quería que lo llamasen. Zacarías pidió una tablilla y escribió: "Su nombre es Juan", por lo que todos se quedaron extrañados. En ese mismo instante se le soltó la lengua y comenzó a alabar a Dios.

Un santo temor se apoderó del vecindario, y estos acontecimientos se comentaban en toda la región montañosa de Judea. La gente que lo oía quedaba pensativa y decía: “¿Qué va a ser este niño?!” Porque comprendían que la mano del Señor estaba con él.

A medida que el niño iba creciendo, le vino la fuerza del Espíritu. Vivió en lugares apartados hasta el día en que se manifestó a Israel.

Palabra del Señor / Gloria a Ti, Señor Jesús. (Tomamos asiento).

2.- Referencias para la mejor comprensión del Evangelio:

En la primera lectura, vemos que el Señor le habló al profeta Isaías diciéndole: *“Es poco que seas mi siervo sólo para restablecer a las tribus de Jacob y reunir a los sobrevivientes de Israel; te voy a convertir en luz de las naciones, para que mi salvación llegue hasta los últimos rincones de la tierra”*. Naturalmente, estas palabras se refieren a Jesús. Sólo Él puede ser Luz de las naciones.

Los profetas no se limitan a anunciar el futuro. Los profetas son amigos de Dios que, animados por el Espíritu Santo, amonestan, sacuden, algunas veces hasta con maneras insólitas y rudas, solamente con el fin de llamar al pueblo hacia la fe, hacia la conversión. A todos ellos les caracteriza el profundo celo por las cosas de Dios, su amigo. Los profetas, por lo tanto, son un don especial de Dios a su pueblo, aunque la mayoría de las veces son incomprendidos por casi todos.

En realidad, toda vida que viene a este mundo es un don de Dios. Pese a las oscuridades de la existencia, el futuro de todo hombre no estará nunca dictado por la casualidad, sino que será el cumplimiento de una parte del proyecto de amor eterno de Dios, “condimentado” con el libre albedrío del hombre, a veces dócil y a veces rebelde.

Excepcional fue el regalo de Dios a la humanidad con la venida de Juan el Bautista, el hijo del anciano sacerdote judío Zacarías y de la “estéril” Isabel, el precursor de Jesucristo, figura anticipada de toda la Iglesia en su conjunto, que debe preparar a la humanidad para la segunda Venida de nuestro Señor.

Esta festividad, es de particular importancia para nuestra Iglesia, pues San Juan Bautista es el único santo, aparte de Jesús y la Santísima Virgen María, de quien se festeja el día de su nacimiento carnal (natividad). De todos los demás, se celebra el día de su muerte (su nacimiento a la eternidad) o alguna otra fecha particularmente memorable de su historia personal, con significación eclesial.

Y es que desde el momento mismo de su concepción, la vida de este santo, el último de los profetas del Antiguo Testamento, fue un milagro: El arcángel Gabriel se presentó ante Zacarías, su padre, mientras prestaba servicio en el Templo, y le anunció la concepción milagrosa de Isabel, su esposa, quien a pesar de su avanzada edad, daría a luz un hijo al que debían llamar Juan, que en hebreo significa *“Dios ha mostrado su favor”*.

Zacarías dudó del anuncio del ángel y en consecuencia quedó mudo hasta el día en que se cumplió todo lo anunciado por el mensajero de Dios. Al momento de confirmar el nombre de Juan para su hijo, cuando éste nació, volvió a hablar alabando y dando gracias a Dios.

La Iglesia Católica, desde sus inicios, festeja el nacimiento de este Santo que, a diferencia de todos los hombres, nació libre de pecado. Esto no significa que fue “concebido” sin pecado (característica atribuible sólo a Jesús y la Virgen María), sino que, por la gracia del Espíritu Santo, fue limpiado del pecado original al recibir la visitación de la Virgen María: *“Al oír Isabel su saludo, el niño dio saltos en su vientre. Isabel se llenó del Espíritu Santo...”* (Lc 1, 41).

Para la Iglesia, el bautista representa el “don de la alegría espiritual”. El primo de Jesús vino al mundo como presagio del milagro de la vida, anunciando la venida del Redentor. “Será para ti un gozo muy grande, y muchos más se alegrarán con su nacimiento...” le había anunciado Gabriel a Zacarías (Lc 1,14-15). El anuncio que del ángel anticipaba el significado para la vida espiritual del resto de las generaciones.

El *testigo de la luz*, como es también llamado Juan, consagró su vida a Dios desde temprana edad, en un total recogimiento, humildad, penitencia y mortificación. Pasó su vida en el desierto en total austeridad: vestía pieles de camello, se alimentaba de langostas y miel silvestre y, sobre todo, vivía entregado a la oración, preparándose para cuando llegara su momento.

Alrededor de los 27 años, comenzó a predicar el bautismo y la conversión para el perdón de los pecados. Su prédica resalta la verdadera vivencia de la fe, lejos de palabras y acciones que únicamente dan la *apariencia* de una vida espiritual profunda. Por otro lado, la valentía con la que enfrentó a creyentes y no creyentes, autoridades judías e imperiales, pone en relieve la verdadera labor del evangelizador que no esconde su fe.

Juan el Bautista murió enclaustrado, bajo las órdenes de Herodes, quien molesto por la prédica del santo contra su vida perniciosa y pecadora, ordenó finalmente su decapitación, para saciar el capricho y la sed de venganza de Herodías, su mujer.

Desde el principio, San Juan Bautista entregó su vida por completo a la misión encomendada por Dios: ser el testigo de Cristo. Fue testigo hasta la muerte con su palabra, con su ejemplo y con su vida.

San Juan Bautista marca el límite entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Es el heraldo que anuncia la nueva era venidera, a partir del nacimiento y la manifestación del Redentor.

Muchos lo confundieron con el Mesías, recordemos que era un hombre lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre. Sin embargo él mismo aclara su identidad cuando le hablan de Jesús y su obra: “Nadie puede atribuirse más de lo que el Cielo le quiere dar. Ustedes mismos son testigos de que yo dije: Yo no soy el Mesías, sino el que ha sido enviado delante de él.” (Jn, 3, 27-28).

Jesús dirá de Él a la gente: “Cuando ustedes fueron al desierto, ¿qué iban a ver? ¿Una caña agitada por el viento? ¿Qué iban ustedes a ver? ¿Un hombre con ropas finas? Los que visten ropas finas viven en palacios. Entonces, ¿qué fueron a ver? ¿A un profeta? Eso sí y, créanme, más que un profeta. Este es el hombre de quien la escritura dice: Yo voy a enviar mi mensajero delante de ti, para que te preceda abriéndote el camino.

Yo se lo digo: de entre los hijos de mujer no se ha manifestado uno más grande que Juan Bautista, y sin embargo el más pequeño en el Reino de los Cielos es más que él.

Desde los días de Juan Bautista hasta ahora el Reino de Dios es cosa que se conquista, y los más decididos son los que se adueñan de él.

Hasta Juan, todos los profetas y la Ley misma se quedaron en la profecía. Pero, si ustedes aceptan su mensaje, Juan es este Elías que había de venir. El que tenga oídos para oír, que lo escuche.” (Mt 11,7-15).

Austeridad, oración, humildad, firmeza, convicción y fidelidad a Dios son algunas de las características de este gran santo, a cuya intercesión nos encomendamos hoy para pedir al Señor que nos santifique y nos conceda las gracias necesarias para ser eficaces pregoneros de su amor y su misericordia.

3.- Preguntas para orientar la reflexión: (Leer pausadamente cada inciso, y dejar un instante de silencio después de cada pregunta, para permitir la reflexión de los hermanos)

- a) ¿Qué es lo que más me llama la atención de lo que acabamos de leer? ¿Qué característica virtuosa de Juan quisiera pedirle al Señor que me conceda?
- b) ¿Me siento un verdadero precursor de la Segunda Venida de nuestro Señor? ¿Qué me falta para serlo?
- c) ¿Estoy trabajando con suficiente celo y dedicación en la edificación del Reino?
- d) ¿Qué necesito para hacerlo mejor?
- e) ¿Cómo está mi relación íntima con Dios? ¿Hablo con Él frecuentemente? ¿En qué tono?

4.- Comentarios de los hermanos: Luego de un momento de silencio, se concede la palabra a los integrantes de la Casita, para que expresen sus comentarios. Se buscará la participación de todos.

5.- Concordancias del Evangelio con el Catecismo: Cánones 717, 523, 796, 720, 678, 2046, 2684

717 "Hubo un hombre, enviado por Dios, que se llamaba Juan. (Jn 1,6). Juan fue "lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre" por obra del mismo Cristo que la Virgen María acababa de concebir del Espíritu Santo. La "visitación" de María a Isabel se convirtió así en "visita de Dios a su pueblo" (Cfr. Lc 1,68)

523 San Juan Bautista es el precursor inmediato del Señor, enviado para prepararle el camino (Cfr. Mt 3,3). "Profeta del Altísimo", sobrepasa a todos los profetas, de los que es el último, e inaugura el Evangelio (Cfr. Hech 1, 22; Lc 16, 16); desde el seno de su madre saluda la venida de Cristo y encuentra su alegría en ser "el amigo del esposo" a quien señala como "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Jn 1,29). Precediendo a Jesús "con el espíritu y el poder de Elías", da testimonio de él mediante su predicación, su bautismo de conversión y finalmente con su martirio (Cfr. Mc 6,17-29).

796 La unidad de Cristo y de la Iglesia, Cabeza y miembros del Cuerpo, implica también la distinción de ambos en una relación personal. Este aspecto es expresado con frecuencia mediante la imagen del Esposo y de la Esposa. El tema de Cristo esposo de la Iglesia fue preparado por los profetas y anunciado por Juan Bautista (Cfr. Jn 3, 29). El Señor se designó a sí mismo como "el Esposo" (Mc 2,19; Cfr. Mt 22,1-14; 25,1-13). El apóstol presenta a la Iglesia y a cada fiel, miembro de su Cuerpo, como una Esposa "desposada" con Cristo Señor para "no ser con él más que un solo Espíritu" (Cfr. 1Cor 6,15-17; 2 Co 11, 2). Ella es la Esposa inmaculada del Cordero inmaculado, a la que Cristo "amó y por la que se entregó a fin de santificarla", la que él se asoció mediante una Alianza eterna y de la que no cesa de cuidar como de su propio Cuerpo (Cfr. Ef 5,29):

He ahí el Cristo total, cabeza y cuerpo, uno solo formado de muchos... Sea la cabeza la que hable, sean los miembros, es Cristo el que habla. Habla en el papel de cabeza o en el de cuerpo. Según lo que está escrito: "Y los dos se harán una sola carne. Gran misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y la Iglesia" (Ef 5, 31-32). Y el Señor mismo en el Evangelio dice: "De manera que ya no son dos sino una sola carne" (Mt 19, 6). Como lo habéis visto bien, hay en efecto dos personas diferentes y, no obstante, no forman más que una en el abrazo conyugal... Como cabeza él se llama "esposo" y como cuerpo "esposa" (San Agustín, psalm. 74, 4: PL 36, 948-949).

720 En fin, con Juan Bautista, el Espíritu Santo, inaugura, prefigurándolo, lo que realizará con y en Cristo: volver a dar al hombre la "semejanza" divina. El bautismo de Juan era para el arrepentimiento, el del agua y del Espíritu será un nuevo nacimiento (Cfr. Jn 3, 5).

678 Siguiendo a los profetas y a Juan Bautista, Jesús anunció en su predicación el Juicio del último Día. Entonces, se pondrán a la luz la conducta de cada uno y el secreto de los corazones (Cfr. Lc 12,1-3; Jn 3,20-21; Rom 2,16; 1Cor 4,5). Entonces será condenada la incredulidad culpable que ha tenido en nada la gracia ofrecida por Dios (Cfr. Mt 11,20-24; 12, 41-42). La actitud con respecto al prójimo revelará la acogida o el rechazo de la gracia y del amor divino (Cf. Mt 5, 22; 7,15). Jesús dirá en el último día: "Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mt 25,40).

2046 Llevando una vida según Cristo, los cristianos apresuran la venida del Reino de Dios, "Reino de justicia, de verdad y de paz". Esto no significa que abandonen sus tareas terrenas, sino que, fieles a su Maestro, las cumplen con rectitud, paciencia y amor.

2684 En la comunión de los santos, se han desarrollado diversas espiritualidades a lo largo de la historia de la Iglesia. El carisma personal de un testigo del amor de Dios hacia los hombres puede transmitirse, a fin de que sus discípulos participen de ese espíritu, como aconteció con el "espíritu" de Elías a Eliseo y a Juan Bautista (Cfr. Lc 1,17). En la confluencia de corrientes litúrgicas y teológicas se encuentra también una espiritualidad que muestra cómo el espíritu de oración incultura la fe en un ámbito humano y en su historia. Las diversas espiritualidades cristianas participan en la tradición viva de la oración y son guías indispensables para los fieles. En su rica diversidad, reflejan la pura y única Luz del Espíritu Santo. "El Espíritu es verdaderamente el lugar de los santos, y el santo es para el Espíritu un lugar propio, ya que se ofrece a habitar con Dios y es llamado templo suyo" (San Basilio, Spir. 26,62).

6.- Reflexionando con la Gran Cruzada:

PC-38.2: Yo enriquezco, en el tiempo de la tribulación, a las almas que amo, con Mis mayores gracias. Vean a Juan el Bautista que, entre las cadenas y estrecheces de la cárcel, conoce las obras que Yo hacía. Ustedes no lo entienden, pero es grande e inapreciable la utilidad que sacan de las tribulaciones. Yo no se las envío porque quiero su mal, sino porque anhelo su bien y, por lo mismo, deben recibirlas cuando las envío y darme también las gracias, no solo resignándose a cumplir Mi divina Voluntad, sino alegrándose de que los trate como antes Mi Padre Me trató a Mí, que Mi vida en la tierra fue un tejido de penas y dolores.

7.- Virtud del mes: La **Obediencia** (Catecismo de la Iglesia Católica: 143—144—511—532—892—2251)

Esta Semana veremos el canon 532, que dice lo siguiente:

532 Con la sumisión a su madre, y a su padre legal, Jesús cumple con perfección el cuarto mandamiento. Es la imagen temporal de su obediencia filial a su Padre celestial. La sumisión cotidiana de Jesús a José y a María anunciaba y anticipaba la sumisión del Jueves Santo: "No se haga mi voluntad..." (Lc 22,42). La obediencia de Cristo en lo cotidiano de la vida oculta inauguraba ya la obra de restauración de lo que la desobediencia de Adán había destruido (Cfr. Rom 5,19).

Y La Gran Cruzada nos dice al respecto:

CS-144: (San José): Mi silencio y el de María no los haga creer que seamos más amorosos que sabios. Los dones que nos Ha hecho el hijo de María son inmensos también en este campo y si callamos casi siempre es por el inmenso amor nuestro

al ocultamiento y por la enorme alegría que experimentamos al oír hablar sólo a Él, el Verbo hecho Hombre, el Hijo de nuestra casa, Jesús Salvador, obediente y amoroso vástago de la excelsa Virgen que lo custodió como Tabernáculo del Altísimo.

8.- Propósitos Semanales:

- **Con el Evangelio:** Meditaré más acerca de Juan el Bautista, el más grande de entre los hombres y el más pequeño en el Reino de Dios. Pediré al Señor que me comparta su humildad y su celo por las cosas de Dios
- **Con la virtud del mes:** Imitaré a María en su silencio y en su humildad, pero sobre todo en su obediencia, porque a partir de ella, el Señor podrá hacer maravillas por mí, y por los que me rodean.

9.- Comentarios finales: *Se concede nuevamente la palabra para referirse a los textos leídos (del Catecismo o de la Gran Cruzada) o a cualquier otro tema de interés para la Casita, para el Apostolado o la Iglesia en general.*